

Ramón Llull y el Islam



‘ *Por la fe entendemos...* ’ (Hebreos 11:3)

La era del escolasticismo cristiano (siglos XI-XV) coincidió en el tiempo con la de las Cruzadas (siglos XI-XIII). Aunque parecen contrarios, ambos fenómenos eran la expresión de la sociedad medieval, estructurada de acuerdo a tres estamentos fuertemente diferenciados: el clero, la nobleza y el campesinado. Los nobles se dedicaban a la guerra, oficio para el cual eran educados, siendo derivado al monasterio el noble que no hiciera suya la afición por la espada. Los campesinos tenían como misión en la vida ser la fuerza motriz que en tiempos de paz sustentara con su trabajo a los nobles y al alto clero y en tiempos de guerra ser el bastión del ejército.

Finalmente, el clero era el medio que unía a nobles y campesinos con Dios. De esta manera, cada cual tenía un puesto y una función asignada en esta vida en aquella sociedad medieval; puesto y función que tenían mucho que ver con el linaje, considerándose esta segmentada sociedad la perfecta voluntad de Dios.

Una parte del clero lo constituían las órdenes monásticas, que fueron el granero intelectual de la Iglesia medieval y a las cuales pertenecieron los grandes teólogos escolásticos: Anselmo de Canterbury (benedictino), Alberto Magno y Tomás de Aquino (dominicos), Duns Escoto y Guillermo de Occam (franciscanos).

Su tarea consistió en definir la relación entre fe y razón, afirmando los tres primeros la armonía entre ambas y negándola los dos últimos, lo que contribuyó al ocaso del escolasticismo. En aquellos siglos, en los que el Islam se había apoderado de los Santos Lugares, nadie pensó en otra manera de acercarse a los musulmanes que no fuera con la espada. Los teólogos escolásticos, los intelectuales de aquel tiempo, estaban enfrascados en la elaboración de sus sistemas doctrinales, mientras que el alto clero hacía alianza con los nobles para poner en marcha esa operación militar denominada Cruzadas, fundiéndose en la misma los tres estamentos sociales y cumpliendo en ella sus aspiraciones más íntimas: religiosas, militares y sociales. De esa amalgama surgirían algunas de las órdenes monásticas características de aquel tiempo: las órdenes militares, como la de los hospitalarios, los templarios o los teutones. Los integrantes de las mismas eran mitad monjes, mitad guerreros (hoy en día, estas órdenes militares vuelven a estar de moda por medio de la novela histórica, un género que bate récords de ventas en todo el mundo).

Pero **en medio de ese fragor bélico, una voz discordante se levantó en aquel tiempo para llamar la atención sobre otra manera de acercarse a los musulmanes que no fuera la espada. Fue la voz de Ramón Llull (Raimundo Lulio)**, en la que se conjuga el escolasticismo, que busca la racionalidad de la fe, y el espíritu misionero, que persigue difundir esa fe por métodos racionales, no violentos. Llull (1232-1316) nacido en Palma de Mallorca, es uno de esos personajes cuya fecundidad, profundidad y amplitud nos asombran. No sólo escribió libros, como los escolásticos de su tiempo, sino que fue hombre de acción, viajando incansablemente y haciendo labor misionera pionera. Pionero fue también en el uso de su lengua materna, el catalán-mallorquín, para poner por escrito sus ideas, en un tiempo en el que el latín, la lengua culta por excelencia, era el vehículo de expresión de todos los intelectuales y teólogos.

- El deseo de elaborar un sistema que demuestre la fe racionalmente.
- El anhelo de morir por Cristo.
- El empeño, que él denomina en repetidas ocasiones ‘*mi negocio*’, de llevar la fe cristiana a los musulmanes.

Para el primer objetivo escribirá su *Art demostrativa*, que él consideraba una obra definitiva para persuadir a cualquiera, incluidos los musulmanes, de la verdad de las grandes doctrinas cristianas: la Trinidad y la Encarnación. En la *Vida coetánea*, biografía de Llull escrita por un discípulo suyo, podemos atisbar el razonamiento, basado en la premisa de que la bondad tiende a difundirse, que Llull emplea para demostrarle a un musulmán la superioridad del concepto cristiano de Dios respecto al suyo:

‘Todo ente perfectamente bueno es tan perfecto en sí mismo, que no necesita hacer ni mendigar el bien fuera de sí. Tú dices que Dios es perfectamente bueno desde siempre y para siempre. Luego no necesita mendigar ni hacer el bien fuera de sí, porque si fuera así no sería perfectamente bueno sin más. Y porque tú [musulmán] niegas la Santísima Trinidad, suponiendo que no existiera, Dios no sería perfectamente bueno desde siempre hasta que produjo el mundo en el tiempo.

Y tú crees en la creación del mundo. Y por esto, Dios fue más perfecto cuando creó el mundo en el tiempo, que antes; ya que la bondad es mejor cuando se difunde que cuando existe ociosa. Esto lo digo en cuanto a ti. Pero en cuanto a mí, digo que la bondad desde siempre es difusiva. Y esto pertenece a la razón de bien que es difusivo de sí, y así Dios Padre bueno, de su bondad engendra al Hijo bueno y de ambos es inspirado el Espíritu Santo bueno.’

Su segundo objetivo, morir por Cristo, parece que fue cumplido como resultado de su último viaje misionero a Túnez.

Al objeto de conseguir el tercero, la conversión de los musulmanes, se planteó dos metas: primera, la fundación de una escuela misionera en la que los candidatos aprendieran la lengua árabe; segunda, la captación del apoyo de los poderosos del orbe cristiano para su proyecto evangelizador. La primera meta pudo llevarla a cabo con la fundación de la escuela de Miramar en Palma de Mallorca, pero la segunda, tras constantes llamadas a las puertas de palacios, universidades y hasta de la misma Roma, sólo tuvo como resultado que le tildaran de loco. Los príncipes y prelados de aquel tiempo estaban demasiado ocupados en asuntos temporales y terrenales como para pensar en la salvación de los musulmanes. De ahí la obra que en su vejez escribirá, titulada *Desconhort* (Desconsuelo), en la que con el alma abatida de tristeza dice:

‘...por eso demando compañeros que me ayuden en la empresa; mas no los puedo hallar, ni pequeños ni grandes, antes me encuentro solo y desamparado. Y, cuando les miro cara a cara y les quiero exponer mis razones, no me quieren escuchar, y los más me dicen que soy necio cuando les explico mi proyecto.’

Benedicto XVI en su alocución en la Universidad de Ratisbona propugnaba la razón y no la violencia como medio universalmente válido para dirimir toda cuestión. Ramón Llull, hace siete siglos, propugnó el mismo método para llevar la fe cristiana a los musulmanes y por ello pagó un alto precio personal. En ese sentido, Llull sobrepasó a los escolásticos de su época y de todas las épocas, pues no sólo teorizó sobre la cuestión sino que la llevó a cabo. Que sigamos su ejemplo.

Wenceslao Calvo es conferenciante, predicador y pastor en una iglesia de Madrid